

todos los movimientos de su cuerpo y los impulsos de su alma se enderezaban á la gloria de Dios como á su centro, sin torcerse ni ladearse nada. Si quisiéramos engolfarnos en los admirables designios que Dios tuvo sobre ella, tales como hacerla el principal instrumento y la causa en el modo de la encarnacion del Verbo divino y por consiguiente la madre de todos los escogidos; aparecería evidentemente que pretendia por su medio una gloria tan extraordinaria, que no seria posible declararla; mas por cuanto he de tocar inmediatamente esta cuerda, me basta decir que no solo este templo vivo glorificó de mil maneras á su arquitecto, sino que todos cuantos le vean y tengan la dicha de acercarse á él y observar sus bellezas y curiosidades, bendecirán por siempre al artifice y cantarán sus grandezas en todos los siglos.

§. VIII.—Que María es la ciudad de Dios.

I. Lo digo despues de muchos padres ilustres de la iglesia y especialmente despues de S. Juan Damasceno y el patriarca S. German, el cual arengando en la iglesia de la virgen María edificada por la emperatriz Pulqueria con motivo de la solemnidad principal, que era la adoracion del cingulo de la misma señora, aseguró que la noble ciudad llamada por David la ciudad del Señor de las virtudes no era otra que la madre de Dios. Ve aquí sus palabras: «Por mi parte opino que el profeta ha de entenderse sin disputa de la que es escogida entre las otras y las sobrepuja á todas no por la magnificencia y hermosura de sus palacios, sino por la alteza de sus singulares y divinas virtudes; de aquella que se aventaja á todas en pureza; de aquella donde se hospedó el rey de los reyes y el señor de los señores, es decir, de María.» A mi no me queda mas duda que á aquel gran santo; por lo cual atendiendo á que es innegable que la ciudad de que ha-

blaba David en el salmo XLVII, era segun el sentido literal Jerusalem, soy de opinion de seguir paso á paso al profeta y hacer ver que las cuatro excelencias principales atribuidas por él á la reina de las ciudades convienen perfectamente á María, que es la ciudad de los reyes y del rey de los reyes.

Primera excelencia. Que María es la ciudad de Dios.

II. David pues entona su cántico diciendo: «Grande es el Señor y muy digno de alabanza en la ciudad de nuestro Dios, en su monte santo.» Por donde se ve que el primer honor que da á Jerusalem, es el ser la ciudad del gran Dios; y con efecto tiene razon, porque de ahí se sigue que es la metrópoli del universo, la corte del pueblo escogido, la morada de los principes, el centro del mundo, el paraiso terrenal, la ley de la paz y de la guerra, la hermosa de las hermosas y la ciudad de la perfecta hermosura, como dice Jeremías(1), la fuerte de las fuertes y el lustre y ornamento de todas las ciudades. Yo no tengo que decir aquí mas que lo que senté al principio de este tratado; á saber, que el título de ciudad de Dios, que es el mismo en figura que el de madre de Dios, es tan alto y sublime, que lleva en pos de sí todas las otras grandezas de la Virgen, porque no hay privilegio, ni excelencia, cualquiera que sea, que no se le deba en calidad de madre de tal hijo, y los ilustres nombres de esposa, medianera, protectora, reina y sus semejantes no son, si bien se considera, sino gajes y como consecuencias necesarias del de madre de Dios.

(1) Jerem., Lament. II.

Segunda excelencia. Que sus fundamentos se echaron con regocijo de toda la tierra.

III. En segundo lugar nota el profeta que el día en que comenzaron á echarse los fundamentos de la ciudad, á lo menos de la fortaleza destinada á defenderla, fue un día de regocijo público manifestado por mil señales de alegría que dieron todos los habitantes de la tierra. Acaso fué porque Jerusalem estaba sentada en medio de todas las naciones, segun sabemos por Ezequiel (1), como la señora de las ciudades y la princesa de las provincias en dicho del profeta Jeremías (2). Tal vez fue porque los judíos que correspondian todos á la ciudad real como á la capital de su estado, se hallaban dispersos por los mas de los países del mundo, donde habian formado colonias, segun sabemos por el capítulo segundo de los Hechos de los apóstoles y por la arenga que hizo Agripa al emperador Cayo y trae Filon, en la que no solamente acota el Egipto, la Fenicia y la Siria, que confinaban con la Judea, sino la Panfilia, la Cilicia y la mayor parte de las provincias de Asia, y aun en Europa la Tesalia, la Beocia, la Macedonia, la Etolia, el Atica y las principales partes del Peloponeso, las islas de Chipre y Candia y generalmente todas las regiones mas célebres del universo. Desde entonces daba Dios á todas las naciones un secreto conocimiento del bien que debía de venirles de aquel lado, es decir, de la dicha de la fé y del conocimiento de un solo Dios, que habia de serles predicado por los habitantes de Jerusalem. Sea lo que quiera de la figura, no podemos dudar de ningun modo que como Dios ponía en la Virgen santísima los fundamentos de tantas grandezas y excelencias para bien de todas las naciones

(1) Ezeq., c. V.

(2) Jerem., Lamen t., c. I.

cuando la destinaba á ser su madre, ese día feliz fue saludado por la tierra y el cielo con infinitos aplausos, con todas las demostraciones de gozo y alegría.

Tercera excelencia. Dios debe de ser glorificado en ella.

IV. En tercer lugar dice el profeta que Dios manifestará la fuerza de su brazo omnipotente en la defensa de esta ciudad, contra la cual se desbaratarán de tal suerte todas las empresas, que los reyes de la tierra congregados para embestirla habrán de retirarse corridos y confusos, se sobrecogerán de temor y temblarán como mujeres en cinta, se estrellarán como la nave que á impulsos de un viento impetuoso va á dar en algun escollo. Confieso que tengo dificultad en creer que cuando el profeta pronunciaba estas palabras, fijaba su pensamiento en la Jerusalem de la Palestina, amenazada despues tantas veces de la ira de Dios, que vino á tierra, y cuya ruina lamenta el profeta Jeremías diciendo: «¿Cómo cubrió el Señor de oscuridad en su furor á la hija de Sion? Arrojó del cielo á la tierra la inclita Israel, y no se acordó de la peana de sus pies en el día de su furor. Precipitó el Señor y no perdonó á todo lo hermoso de Jacob: destruyó en su furor las fortalezas de la virgen de Judá y las echó por tierra: mancilló al reino y á sus príncipes, y desbarató como á un huerto su tienda: demolió su tabernáculo: dió á olvido el Señor en Sion la fiesta y el sábado, y entregó al oprobio y á la indignacion de su furor el rey y el sacerdote. Desechó su altar y maldijo su santuario: entregó en manos del enemigo sus murallas torreadas: dieron voces en la casa del Señor como en día de solemnidad. Pensó el Señor desbaratar la muralla de la hija de Sion: tendió su cordel y no apartó su mano de perderla (1).»

(1) Jerem., Lament. II, 1, 2, 6, 7 y 8.

Repito que no puedo persuadirme á que David hizo aquellas magnificas promesas á la antigua Jerusalem, sino que para mí es cierto que en este raptó profético tenia á la vista otra Jerusalem, la cual debia de burlarse de todos los proyectos de sus enemigos por estar segura del auxilio de Dios. Esta era indefectiblemente la Virgen santísima, ciudad inexpugnable, de quien cantaba el mismo David: «Dios está en medio de ella y nunca será movida: sus habitantes viven sin temor bajo las alas de la protección del cielo.» Probablemente el buen anciano Tobías tenia presente esta santa ciudad cuando decia: «Seremos dichosos si quedaren reliquias de nuestra descendencia para ver la claridad de Jerusalem (1).»

Cuarta excelencia. Es un asilo para los amigos y un lugar de terror para los enemigos.

V. Pasemos adelante con el profeta, el cual considera el templo como un asilo de clemencia y misericordia para los israelitas y como un lugar de terror y espanto para los enemigos. En efecto Isaías le da el nombre de Ariel, es decir, el leon de Dios (2); porque así como este animal defiende valerosamente su presa y tiene segura á su familia llenando á todos los demás de terror y espanto, de la misma manera los judios tenian por indudable que mientras durase el templo y Dios fuese servido allí fielmente, gozarian de colmada dicha y contento, y los extranjeros por el contrario se amedrentarian con solo oír el nombre de Israel. Tenga aquí el lector un poco de paciencia, y espero hacerle ver claramente lo uno y lo otro en los siguientes tratados (3); á saber, que la madre de

(1) Tob. XIII.

(2) Isai. XXIX.

(3) En casi todo el tratado

tercero y especialmente en el capítulo VIII y en el tratado segundo, capítulo IX.

Dios es el verdadero templo de la clemencia y el altar que la misericordia de Dios ha erigido en su iglesia para los hijos de salud; así como es el azote y la maza de los hijos de perdición que se oponen á los efectos de su singular bondad y de la infinita misericordia de Dios.

VI. Por último David exhorta á todos á que pongan sus corazones en la virtud de la ciudad real y distribuyan sus casas para contarlo á la posteridad. ¡Oh quién pudiera describir las maravillas y grandezas de esta santa ciudad y hacer ver el triplice recinto de muralla del recato de sentimientos, de la guarda del corazón y del temor de Dios que tenia ella, con las torres de su fortaleza, las almenas y torrecillas de su vigilancia, los baluartes de su circunspección, las puertas de su modestia, los fosos de su humildad, los muros de su virginidad, los antemuros de su templanza! ¡Oh quién tuviera medio de añadir la anchura, la longitud y la rectitud de las calles de sus santas invenciones y de representar el castillo de su devoción, el torreón de su caridad, el palacio de su justicia, el arsenal de su paciencia, el hospital de su misericordia, las plazas públicas de su liberalidad y las fuentes de sus suaves y gratas palabras! ¡Oh quién pudiera dar á entender la policía y las ordenanzas de la ciudad del Señor de las virtudes, la guardia que se hacia, y todos los ejercicios que se practicaban allí! ¡Oh quién pudiera hablar dignamente de la grandeza y excelencia del príncipe á quien pertenece, de la magnificencia de su porte, del cariño que profesa á sus vasallos, y del honor que estos le tributan reciprocamente, de la honestidad de los habitantes, de su vida apacible, en una palabra de toda la santidad de esta dichosa morada! Mas ya que no podemos llegar á ese punto, bástenos concluir con David que esta será la morada de nuestro Dios en todos los siglos, y decir con el profeta Isaías que en todas sus puertas, en todos los parajes públicos, en las avenidas de las calles,

en los palacios y casas particulares, se escribirá: Al Señor, á cuya honra y gloria fue edificada esta ciudad.

§. IX.—Que María es el mundo de Dios.

I. Lamento sobre manera la condicion de los antiguos filósofos y especialmente de los platónicos, que tuvieron nociones tan elevadas del mundo y conocieron tantas especies de ellos sin haber descubierto al que les hubiera dado entrada en un mundo de santos pensamientos y los hubiera hecho seguir el camino derecho de la verdad. Hablaron del mundo arquetipo ó ejemplar, que es la idea y el patron por que fueron trazados los otros, que es la hermosura de todas las hermosuras y el compendio de todas las perfecciones posibles. Trataron del mundo intelectual, que es la naturaleza angélica, dividida por ellos en diversos órdenes, á cada uno de los cuales dieron sus propios y diferentes officios. Dijeron maravillas del mundo elemental, que comprende los cielos, los cuatro elementos y los cuerpos mixtos fabricados de ellos. En una palabra figuraron un mundo pequeño, que dijeron ser el compendio de los otros, y en el que encontraron propiamente imitadas y hábilmente reducidas las perfecciones de los tres. Pero lo que me admira es que no tuvieron conocimiento del que debemos de encontrar en este discurso y que contemplado les hubiera causado mil delicias y no menos provecho. Por este mundo entiendo la virgen María, á quien si doy el nombre no solo de mundo, sino de mundo de Dios, que es mucho mas, tengo por fiador á S. Bernardo, quien afirma que el Padre en compañía del Hijo tomó posesion de ella y habitó en ella como el Criador en el universo, el emperador en su imperio, el padre de familia en su casa, el sumo sacerdote en su templo y el esposo en su tálamo nupcial y que el Altísimo la crió expresamen-

te para que fuese un mundo propio y especial suyo (1). S. Anastasio Sinaíta habia dicho mucho tiempo antes que él que la conversacion más ordinaria del Salvador era con su bienaventurada madre como con aquella á quien tenia por un mundo entero y por su mundo particular (2). Antes de los dos S. Gregorio Taumaturgo la llamó una morada igual al cielo y á la tierra (3). Pero el autor de la obra imperfecta sobre S. Mateo no pudo consentir que se hiciese solamente igual á nuestro mundo la que encerró en su seno al que no puede caber en la inmensidad de los cielos.

II. Los santos padres hubieran creido hacer muy poco con decir simplemente que la madre de Dios forma un mundo aparte, si no hubiesen confirmado su proposicion con razones convincentísimas. S. Bernardo dice que ella fué como el elemento sólido fundado en la justicia y la santidad, que fué regada con las aguas de la divina sabiduría, refrigerada con el aire de los santos deseos, alumbrada y calentada con el fuego de la caridad; que Dios puso en su alma como en un firmamento el sol de la razon, que producía la luz del conocimiento de Dios, la luna de la ciencia, que con las estrellas de todo género de virtudes alumbraba la noche de la accion. S. Buenaventura le aplica este dicho del Eclesiástico (4): «¿Quién será el que mida la altura del cielo, el ancho de la tierra y la profundidad de los abismos?» Y añade que todo esto corresponde á María, la cual es un cielo por la pureza de su vida, por la luz de sus buenos ejemplos y por las influencias de su divino auxilio; pero especialmente porque es la silla y el trono de Dios con mucho mejor título que el cielo mismo, la tierra fertilísima que produ-

(1) Serm. de beata María.

(2) Lib. 3 Hex.

(3) Orat. 3 de Annuntiat.

(4) Specul. B. Virg., cap. 1.

jo el fruto de vida, en una palabra un abismo insondable de bondad y misericordia. S. German de Constantinopla se entretuvo ya con el mismo pensamiento diciendo que á la manera que las estrellas son como las lenguas del cielo, así los beneficios de la Virgen son las voces que pregonan sus grandezas, y que á la manera que nuestros cuerpos no pueden pasar sin respirar, así nuestras almas no podrian vivir sin la proteccion de Maria (1). Todos ellos querian decir lo que Arnulfo de Chartres, abad de Bonaval, que enseñó en términos formales (2) que así como la industriosa abeja va chupando la miel de todas las flores de un jardin, así Dios al formar á la virgen Maria reunió en ella todo lo mas excelente que habia en las criaturas. No parece sino que el Espiritu Santo se complació en representarnos en el libro de los Proverbios el modo que tuvo de hacer esta recoleccion. Cuando Dios, dice la virgen bajo la figura de la sabiduria, preparaba los cielos, estaba yo presente: cuando con ley cierta y como con un compás cercaba los abismos, cuando afirmaba arriba la region etérea y equilibraba las fuentes de las aguas, cuando circunscribia el mar en sus términos y ponía ley á las aguas para que no pasasen sus límites, cuando colgaba los cimientos de la tierra, yo estaba con él concertándolo todo (3). Viene á ser como si dijera la Señora: habiendo pensado el gran artífice desde el principio hacer un mundo entero en mí y de mí sola y por consiguiente poner en mí todas las perfecciones que pueden convenir á una simple criatura, á medida que las otras pasaban por su espíritu, escogía lo mejor y mas hermoso que tenían para surtirme completamente; de manera que quiso que yo fuese en

(1) Orat. de dormit. B. Virg.
(2) De laud. Virg. 29 y 30.

(3) Proverb, XIII 27 28

trono como los cielos, incorruptible como ellos, ordenada y compasada en mis movimientos como ellos: que mi corazón fuese mas capaz para hospedar su gracia que el mar y los abismos: que mi auxilio no fuese menos necesario á los mortales que el aire que respiran: que yo tuviese tanto poder para contener las tempestades que se levantan contra ellos, como la arena y la playa del mar para contener la furia de las olas: que yo fuese el centro de todas las cosas mejor que la tierra misma; en una palabra que todo se encontrase en mí, pero sin comparacion mas excelente y acendrado que en todas esas cosas materiales y corruptibles.

III. El ángel que instruía á santa Brigida, le dijo que despues de haber fabricado Dios el mundo exterior con todas las piezas de que se compone, vió que le quedaba otro que fabricar, el cual sería verdaderamente de menor tamaño que el primero, pero por lo demás incomparablemente mayor en perfeccion y mas capaz de causar gloria á Dios, gozo á los ángeles y provecho á los hombres. Este fué la Virgen santísima, en quien compendió todo lo que habia hecho en nuestro mundo elemental, porque así como en este gran todo dividió la luz de las tinieblas, así en el mundo pequeño puso un espacio intermedio entre la noche del pecado, que cubria generalmente á los demás hombres, y el hermoso día de la gracia y de la santidad, con que le alumbró desde el principio. Allí encendió dos grandes luminaires, uno para el día y otro para la noche: aquí puso dos hermosos astros, uno de los cuales, la obediencia, debía de alegrar á Dios, á los ángeles y á los santos, y el otro, la

que yo fuese en el mundo, estaba destinado á separar á las almas ignorantes de las tinieblas del error y de la infidelidad. Allí fijó diversas estrellas que despues han seguido siempre invariablemente su curso y han conservado su claridad primera:

aquí dió diversas nociones que no interrumpieron jamás

el curso de sus progresos continuos, ni perdieron un solo grado de su extraordinario resplandor. Allí las aves poblaron la región del aire y formaron un armonioso concierto para divertir al primer hombre, único habitante entonces del paraíso terrenal: aquí las palabras de la Virgen admirablemente concertadas formaron una armonía que embelesó al mundo é hizo bajar á la tierra toda la majestad del paraíso. Allí los animales se alimentaban de los frutos que produjo la tierra sin ser cultivada: aquí los hombres se mantienen con el fruto de vida que la Virgen, verdadera tierra bendita, nos dió sin ser cultivada. Allí todas las criaturas fueron dotadas de diversas calidades y virtudes, cada una segun su naturaleza propia: aquí una sola criatura recibió mas propiedades y calidades eminentes que las que se encuentran en todas las yerbas del mundo, en las flores, en los árboles, en los frutos, en las piedras preciosas, en los metales, en los elementos, en los astros y en todas las otras partes de la naturaleza.

IV. De aquí es fácil colegir en primer lugar que desde luego Dios hacia mas caso sin comparacion de este mundo pequeño que del grande que admiramos, por que el grande era hecho para perecer algun dia, á lo menos en la mayor parte de las partes que le componen, y el pequeño debia de ser eterno en todas sus partes. En aquel no queria nada que no fuese material y natural, y en este casi nada que no fuese espiritual y sobrenatural. Digámoslo en dos palabras: miraba á aquel como el mundo de los animales y todo lo mas como el mundo del hombre, y á este como el suyo propio y particular. En segundo lugar de todas las simples criaturas de que la naturaleza fecunda de Dios estaba como preñada desde el principio del mundo, la que mas la instaba á producir designios eternos, era la virgen Maria, porque despues de previsto el estrago que habia de causar el pecado en sus

obras, quizá hubiera sofocado aquel primer proyectó en el seno de sus divinas ideas, si su Verbo encarnado y su bienaventurada madre no le hubieran instado y en cierto modo obligado á dar á luz lo que habia concebido. Por aquí se ve en tercer lugar la obligacion infinita que tenemos al uno y á la otra, y en quiénes y por quiénes subsistimos en los decretos y en las disposiciones eficaces de Dios. No envejezca jamás en nuestros corazones la memoria de estas deudas so pena de perder enteramente todas las esperanzas que podemos asentar con justicia sobre estos dos fundamentos de nuestra salvacion.

§. X.—Que Maria es el trono de Dios.

I. Los relámpagos, voces y truenos que S. Juan vió en su Apocalipsis salir del trono de Dios (1), me espantarian, si no considerase que ese trono es la bienaventurada virgen Maria y que por consiguiente esos relámpagos, voces y truenos son señales de caridad, de bondad y de gozo. Asi la voz comun de los antiguos padres es que Maria es el trono de Dios. «Ella es, dice S. German de Constantinopla (2), el trono querúbico, trono de inmensa grandeza, trono de fuego, trono levantado, trono que sostiene al Señor de los ejércitos.» «Ella es, dice S. Gregorio Taumaturgo (3), el trono real, el santo de los santos, único y glorioso sobre la tierra, mas santo que todo despues de Dios, trono donde se sentó el señor Jesus.» Lo mismo dice Crisippo, presbitero de Jerusalem, sin mas que añadir que este trono pareció el único capaz de sostener al santo de los santos (4). «Ella es un trono, dice Hesiquio (5), que en nada cede al de los querubines.» «Ella le sobrepaja con mucho en esplendor y majestad,

(1) Apocal. IV.

(2) Orat. de nativit. B. Virg. para.

(3) Sermo de Annuntiat.

(4) Orat. de S. Maria Dei-

(5) Orat. de S. Deipara.